

NOTA DE EDICIÓN

Gérard Labrunie (1808-1855), llamado Nerval, el más romántico de los poetas franceses, se quitó la vida en una gélida madrugada parisina, con la caricia de la soga alrededor de su dulce cuello. Fue en la rue de la Vielle Lanterne, una calle que hace mucho dejó de existir. Pocos días después, sus amigos encontraron entre sus pertenencias un cuaderno con algunos manuscritos, entre ellos el de su obra póstuma, *Aurélia*. Encontraron también entre aquellos papeles unas cartas dirigidas a Jenny Colon (1808-1842), actriz y gran amor del poeta, de las que seleccionaron las que creían relacionadas con dicha obra literaria. Estas cartas fueron publicadas el 15 de febrero de 1855, apenas un mes después de la muerte de Nerval, en la *Revue de Paris*, bajo el título de *Desiderata*. Eran un total de nueve cartas, escritas probablemente entre 1836 y 1837, citadas así: Carta III, IV, V, VII, VIII, X, XI, XII, XIII. El director de la publicación aclaraba:

Gérard de Nerval, en el último trabajo suyo que hemos publicado, cuyas pruebas no pudo revisar, hablaba de sus cartas a Aurélia, como las hubiera citado. Pero un vacío en su manuscrito revelaba la pérdida de esta correspondencia.

Sus amigos han tenido la suerte de encontrar en sus papeles fragmentos de estas cartas. Las publicamos a

toda prisa, tal como nos han sido remitidas, sin pretender ordenarlas, relacionarlas entre ellas, ni darles la continuidad y la coherencia cuyo secreto se ha llevado nuestro pobre Gérard.

Después de lo cual, Nerval, muy añorado por sus amigos, fue bastante olvidado por el público. Cuarenta y siete años después, el nombre de nuestro poeta volvió sin embargo a las páginas de la prensa: acababan de demoler una casa que, según un periodista poco informado, era aquella en la que Nerval se había quitado la vida. Victorien Sardou, célebre dramaturgo y gran conocedor de la historia del París antiguo, puso sobre aviso a P. B. Gheusi, de la *Nouvelle Revue*:

La prensa ha exhumado últimamente al pobre Gérard de Nerval, a propósito del error de un periodista, que daba como reciente la demolición de la casa donde encontraron colgado a Gérard —*¡en el arrabal de Saint-Marceau...!*—. Observe que todos los contemporáneos han cantado su siniestro final: Dumas, Gozlan, Gautier, Halévy, A. Houssaye, Janin, Fiorentino, Monselet, etc., etc., y que es públicamente notorio que esta casa de la calle baja de la Vielle Lanterne se demolió para construir lo que ahora es el teatro de Sarah Bernhardt¹. La reja de la que encontraron colgado a Nerval ocupaba el lugar donde ahora está el proscenio. Uno de estos días, le buscaré, en mi biblioteca, unas cuantas cartas de amor de Gérard, unos borradores. Los publicará usted, aunque solo sea por recuperar el recuerdo de este delicioso poeta, de este ser encantador, ¡tan olvidado...! Y le daré también con ellas un boceto que dibujé hace algún tiempo del escenario de su final trágico; se lo enviaré todo con una noticia explicativa.

1. El Teatro Sarah Bernhardt es hoy el Théâtre de la Ville, en París. Fue construido en 1874 y ha cambiado de nombre en numerosas ocasiones. En 1899 Sarah Bernhardt se hizo cargo de la dirección y le dio nombre hasta 1968. Se encuentra en la place du Châtelet.

Los documentos que estaban en poder de Sardou se publicaron efectivamente en la *Nouvelle Revue* del 15 de octubre de 1902. Se trata de dieciocho cartas, que seguían además un orden distinto a las publicadas anteriormente. En 1911, *Le Mercure de France* publicó la correspondencia completa de Gérard de Nerval, que, entre otras cartas, incluía estos mismos fragmentos bajo el título de *Cartas de amor*, pues el editor, Jules Marsan, ponía en duda que se tratara de verdaderas cartas dirigidas a Jenny Colon, y creía más bien que componían el borrador de una novelita epistolar:

Buena cantidad de detalles se corresponderían difícilmente con la artista; y por otra parte basta con mirar el manuscrito, dispuesto de manera regular en hojas grandes, para reconocer no una serie de cartas distintas, sino, bajo forma epistolar, una suerte de pequeña novela, o, si se quiere, de diario íntimo.

Sus argumentos eran débiles, pues es muy probable que Nerval hubiera tenido la precaución de copiar y pasar a limpio estas cartas que apreciaba tanto y que quería conservar. Por otra parte, Jenny Colon está claramente designada, para que no haya duda posible alguna: la creadora del personaje de Silvia en *Piquillo*, obra de teatro escrita por Nerval, fue la destinataria original de estas «cartas de amor» que luego se intercalaron en *Aurélia*, y que a veces se han citado como «Cartas a Aurélia». Pero la sombra de esa duda ha planeado desde entonces sobre ellas. Albert Béguin, crítico literario especialista en el romanticismo alemán y la poesía francesa del s. XIX, autor de diversos prefacios y estudios dedicados a Nerval, sostiene que: «Las cartas a Jenny Colon, que solo nos han llegado en redacciones tardías, destinadas a ingresar en un relato novelado, son, mucho más que documentos biográficos, un intento inicial de trasposición mítica, un esbozo de *Aurélia*, admirable a menudo porque el hecho “real” ha recibido ya la coloración de la poesía».

Es decir, que, según Béguin, las cartas *reales* a Jenny Colon fueron la base de una reescritura posterior destinada a formar parte de una *ficción biográfica* como es *Aurélia*. Es posible, desde luego, aunque hay también quien piensa que las cartas son estrictamente originales. Este era el parecer del señor Auriant (seudónimo de Alexandre Hadjivassiliou², hijo de griegos de Alejandría, de educación cosmopolita, que se instaló en París durante la primera guerra mundial), quien volvió sobre la cuestión en 1943, y publicó su propia edición de las cartas en *Éditions de la Nouvelle Revue Belgique* (Bruselas). Auriant, feroz crítico literario en *Le Mercure de France* y erudito apasionado (en su apartamento los libros, desparramados por todas partes, apenas dejaban sitio a la cama y el escritorio), era especialista en separar el grano de la paja en las «leyendas y supercherías» de la historia de la literatura, así como en rehabilitar a autores poco conocidos del pasado.

Su edición parte fundamentalmente de las cartas publicadas en la *Nouvelle Revue*, es decir, las cartas de Sardou, que cotejó punto por punto con las anteriores, de la *Revue de Paris*. Auriant anotó diferencias significativas entre unas y otras, y unió dos fragmentos que hasta ese momento se creían de cartas distintas, y que correspondían en realidad a una sola. Dio lugar así, ya bajo el título definitivo de *Lettres d'amour a Jenny Colon*, al trabajo de compilación más crítico que conocemos, y que es la versión que reproducimos aquí. Además, añadió un relato de Théodore de Banville que, una vez más, es un claro trasunto en la ficción de un episodio real: el viaje emprendido por Nerval a la busca y captura de muebles excepcionales, incluida la cama Renaci-

miento que es el centro de la historia, para amueblar la estancia en la que pretendía obtener los favores de Jenny Colon —con un resultado muy distinto al esperado, como se verá.

Hemos querido sumar una aportación propia en nuestra edición incluyendo un artículo de Juan Eduardo Cirlot, gran admirador de Nerval, publicado en la revista *Papeles de Son Armadans* en 1966, donde ahonda en el sentimiento amoroso en la obra de Nerval, y en la figura de esa amada siempre presente en la imaginación pero siempre ausente en la realidad, y que no es otra que el alma.

Los límites entre lo real y lo recreado son finos y, tal vez, para el lector, irrelevantes. Pues no es levantar acta del hecho histórico lo que buscamos aquí, sino acercarnos de la manera más directa, completa y delicada posible al corazón del poeta y a lo que este más amó.

E. R.

2. Fue la escritora Rachilde, esposa del entonces director de *Le Mercure de France*, quien bautizó así a Auriant. Siendo su apellido real impronunciable, al ver llegar al egipcio a la redacción exclamó: «Tiens voilà l'Orient!».

Vous vous trompez Madama, si vous pensez que je vous oublie
ou que je me résigne à être oublié de vous. Je le voudrais, et ce
serait un bonheur pour vous et pour moi sans doute; mais
ma volonté n'y peut rien. La mort d'un parent, des intérêts de
famille ont exigé mon temps et mes soins, et j'ai essayé de me livrer
à cette diversion inattendue, espérant retrouver quelque calme, et
pouvoir juger enfin plus froidement ma position à votre égard.
Elle est irréparable, elle est triste et fatale de tout point; elle est
ridicule peut être, mais je me rassure en pensant que vous êtes
la seule personne au monde qui n'ayez pas le droit de la trouver
telle. Vous aimez bien peu d'orgueil si vous vous étournez d'être
amné à ce point et si follement.

Manuscritos de Gérard de Nerval.
Borrador y carta pasada a limpio.



Dibujo de la rue de la Vieille Lanterne realizado
por Victorien Sardou para la *Nouvelle Revue*.

CARTAS

I

Aquí estoy otra vez escribiéndole, pues no puedo hacer otra cosa que pensar en usted y estar pendiente de usted; usted, tan dedicada, tan laboriosa, tan entregada, no es del todo indiferente quizá pero sí cruelmente sensata, ¡y con mucha razón! ¡Oh, mujer! ¡Mujer! En usted siempre será más fuerte la artista que la amante. Pero a mí también me gusta como artista. En su talento hay algo de la magia que me encantó. Vaya pues con paso firme hacia la gloria que yo olvido; y si necesita una voz que le dé ánimo, si necesita un brazo que la sostenga, si necesita un cuerpo en que apoyar el pie para subir más alto, ya sabe...

II

¡Ah! ¡Cuánto me ha castigado por mi exigencia! ¡Qué cruelmente! ¿Por qué le dije una vez sola lo que había hecho por usted? ¿Por qué me envanecí de un pasado que ya no es y al que usted no debe nada? A una mujer le gusta dar más de lo que recibe y no le corresponde tener gratitud. ¿Qué he hecho yo por usted, Dios mío...? Una sonrisa, un apretón de manos, una palabra dulce valen cien veces mi esfuerzo y todo eso ya lo tengo. Esté tranquila, ¡ya estoy bastante humillado!, y solo pienso en hacer méritos para el presente y para el futuro.

¡Qué dulce y buena su carta, cuando pienso en mis errores...! ¡Pero qué educada y comedida! Estaría tranquila escribiendo... ¡Ah, pobre carta querida!, ¡es mi único tesoro de amor sin embargo!, y me veo obligado a crear una gran ilusión para encontrar en ella una esperanza.

Señora, ¡no tema verme! Ya lo sabe, con usted soy tímido, tiene todo el poder sobre mí, y mi pasión ni siquiera osa, en su presencia, expresarse sino débilmente. Yo le conté mis angustias con una sonrisa en los labios, por miedo de asustarla; yo le dije con calma unas cosas que llevaba tan dentro del corazón que creía que me lo arrancaba hablándole. Me parecía que estaba haciendo, por decirlo así, análisis y crítica de mis emociones más queridas; me parecía que le estaba hablando de otro y le decía:

«¡Mire a ese infeliz, mire a ese soñador, que la ama tan locamente!».

Yo le juro que ya no corre peligro escuchándome: su mirada es para mí lo más dulce que hay y lo más terrible. Solamente cuando estamos lejos me pongo violento y me entrego a las ideas más extremas. Usted me ha dicho que el camino a su corazón hay que encontrarlo... Pues bien, estoy demasiado emocionado para buscar, para encontrar... ¡Tenga piedad de mí, guíeme! No sé. Hay obstáculos que voy tocando y no veo, enemigos que más me valdría conocer. Hay algo estos días que la ha cambiado en relación conmigo... Ilumíneme por estos recodos, donde tropiezo a cada paso. ¿Me ha creído injusto, intolerante, capaz de turbar su descanso con locuras? ¡Ay de mí! Ya ve: razono bien, juzgo fríamente las cosas y le he dado pruebas suficientes de que sé gobernarme. ¿Soy acaso un niño, aunque la ame con toda la imprudencia de un niño? No, soy un hombre sereno y que razona la pasión. Soy un hombre honorable y absolutamente digno de su favor; soy capaz de hacer que todos la respeten; soy digno de su confianza y, desde ahora, toda mi sangre es suya, toda mi inteligencia la emplearé en servirla. Nunca una mujer ha encontrado una abnegación tan grande unida a una cierta importancia real, y cualquiera estaría orgullosa. Ahora nada más me queda que decirle una palabra. Admita una prueba. Un hombre tiene que estar muy enamorado para no echarse atrás ante una situación de vida o muerte. Si quiere saber hasta qué punto es amada o adorada, el resultado de una visita que podría hacerle dejará bien claro con quién se puede contar. Si me he equivocado en todas mis suposiciones, devuélvame la tranquilidad, ¡se lo ruego!, ahórreme el ridículo y más aún el de alternar con alguien cuya humillación no satisfaría en absoluto mi vanidad.

Usted me va a juzgar muy mal; va a creer que soy celoso y violento. No, ya se lo he dicho: una palabra

suya puede calmar mi espíritu; la buena razón no hallará réplica y la confianza hallará resignación. Yo la quiero de otra forma que los otros. Más que nada, lo que amo es su alma. Tengo razones para esperar haber dejado en ella una impresión que quizá, si usted se mira, ahora le parecerá más profunda de lo que era. Si no es así, ¡habrá que desesperar del poder del alma humana y de la bondad de Dios!

III

¡Oh, cruel, he leído su carta! Es tan dulce e indulgente que no puedo sino lamentar mi estrella, pero si pensara como antes que usted es pérfida y presumida, le diría como Fígaro: «¡Señora, su alma se ríe de la mía!». Esta idea, que puede parecer ridícula en los sentimientos más nobles, en las emociones más sinceras, me hiela la sangre y me vuelve injusto a mi pesar. ¡Oh, no! ¡Usted no es como tantas otras mujeres! ¡Usted tiene corazón y sabe que no hay que reírse de una pasión verdadera! Cree en Dios, ¿no?, y quizá piense, en ciertas horas, que hay en el mundo un alma que podría tener derecho, un día, a acusarla ante él¹.

¡Ah, desconfíe! ¡No de su corazón, que es bueno, sino de su humor, que es ligero y cambiante! Pienso que me ha puesto en tal posición con respecto a usted que, cuando sea mía, el abandono sería mucho más horrible de lo que podría serlo una infidelidad. En efecto, en este último caso, ¿qué le diría? Hasta para mí sería ridículo el resentimiento; dejaría de llorar y punto, y me pondría a buscar la

1. Cómo he llorado al releer algunos pasajes de esta carta. Estaba escribiendo mi condena anticipadamente.

«¿Se puede ultrajar lo que se ama?

¿Se le puede querer enfadar?

¡Es eso ir contra uno mismo!»

(Nota de Gérard de Nerval)

forma de volver a caerle en gracia. Seguiría estándole agradecido y no podría en ningún caso dudar de su lealtad. ¡Pero imagínese qué desesperación si hubiera un cambio por su parte en nuestras relaciones actuales! ¡Oh! ¡Dios mío! Se ha creado unos miedos donde no puede haberlos. En cuanto a los celos, son algo ya muerto para mí... Cuando tomo una decisión, es firme; cuando me resigno, es para siempre, pienso en otra cosa y mis ideas se adaptan a las circunstancias. Mi espíritu sabe pliegarse ante un hecho irrevocable. Así pues, mi bella amiga, ahora ya me conoce bien; todo lo dejo a su reflexión, y otra cosa no quiero que lo que resulte de ella. No tema verme; su presencia me calma, verla me hace falta e impide que me entregue a la desesperación que me mataría.

IV

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡He ido a verla un instante! ¡Así que no está tan enfadada como me temía! ¡Así que aún tiene una sonrisa para mi presencia, un dulce rayo de sol para mis ojos, y me quedo con esa esperanza imprevista antes de que la desmienta una palabra! ¡Qué insensato sigo siendo, yo que me creía ya tan sabio...! ¡Una mirada me abate, un aliento me levanta, y solo tengo fuerzas lejos de sus ojos!

¡Sí, me he ganado la humillación!, sí, ¡aún tengo que pagar con muchos sufrimientos el instante de orgullo en que cedí! ¡Ah, qué risible ambición la de creerme alguien al lado de una mujer de su mérito y su belleza!, ¡pretender que podía prestarle la ayuda de no sé qué influencia que tengo sobre los demás y hablarle como rey con corona en nombre de esa miserable autoridad! Aunque haya rebajado tanto la insignificancia de mis pretensiones de servirla, yo acepto en justicia sus desdenes.

¡No tema nada, yo espero, no tema nada!